

000159099

7349

2 CRONICA

Valparaíso, 28.XII.1987

EL MERCURIO

Arte y cultura

La "Divina" Gabriela,
treinta años después

"Del nicho helado en que los hombres le pusieron los brazos a la tierra húmeda y solitaria. ¡Que se de dormir en ella, los hombres se espantan, ¡y que huyan de andar sobre la nuestra atornillada. ¡Te acostas! en la tierra solitaria, con una absoluta certeza de madre para el hijo dormido, ¡y la tierra ha de hacer: se asustará de casa al recibir tu cuerpo de niño dormido. Luego te espantará tierra y polvo de rosas, ¡y en la azarada y leve polvareda de lana, dos después irán los tres quedando presos. ¡Se alejarán cantando más vagabundas hermanas, ¡porque a las hermanas recónditas la mano de ninguna mujer es a desfogarse la palabra de hombre!"

¿Cómo pudieron decir, los míseros y chatos de espíritu, que "Los fantasmas de la muerte" fueron perdonados en los Juegos Florales de 22 de diciembre de 1924, porque los jueces no se decidían a declarar desierto el primer lugar? Aunque la posteridad haya dado un tapabocas veraz a los que osaron publicar un libro descalificador de un talento indecalificable —y después tuvieron que retirar la edición del mercado ante el triunfo mundial de Gabriela—, habría bastado con preguntar a cualquier mujer que haya librado las penas del amor a correspondido, si los versos profundos y solitarios de la Mistral no las interpretan con vigor realmente atónito.

Sí, hay que recordar que la humilde maestra, juvenil y apenada, no subió al proscenio del Teatro Municipal el día de aquel galardón surgido del desgarro de su alma. Estaba, dicen, temblando los ojos, mirando desde la galería cómo la angustia, mientras su cuerpo, estremecido por la emoción más honda, palpataba bajo un vestido de peral, razón que le impidió salir al estrado, pues no contaba con recursos para presentarse "con la dignidad debida". ¿Como si no bastase el talento a propio ropaje y no viviera en ella la fuerza volupiosa creativa, anclada en una mente casta, pues a diferencia de las poetisas de su época —no llevó a su obra ningún detalle de sí misma—.

Herminio Díaz Arrieta se ha referido a esa obra, no después de la gloria de Gabriela, sino "en" su gloria, todavía en el por desparejar a los odos y ojos de las multitudes. Leamos este juicio de 1928, que formó parte del prólogo de la tercera tirada de "Desolación". Proviene de uno de sus artículos periodísticos trascendentes: "Su obra ya no puede juzgarse: en ella la que divide y clasifica. Los que la adivinan son poetas que la distinguen, quieren la tengan, pero como que no la entienden. Y si alguien quiere vislumbrar en un punto suyo, ¡sus reparos, hacer distingos, de uno y otro lado lo mirarán con desconfianza!"

"La 'tor natural' —como la llama más adelante— atrajo sobre ella las miradas y todos abrieron curiosidad por esa mujer oscura, de personalidad fuerte y áspere, marina bravia que ocultaba crónicas de miel silvestre sobre la corteza".

La maestra rural del Norte Chico, enferma de pobreza, impudora por la injusticia de sus compañeros de primeros estudios y aliada con las brujas de la Ley en la mano, convertida, como brotan las violetas, en arena de sapiencia y arena caparrosa para dictar clases, fue tomando rumbo —y, sin temerario, atararse—, pluma en mano y levanta en boca, inflamada de ternura para con los "pierrecitos de niño, rumbosos de frío..." porque, la madre que nunca fue a ser, se va, sin formalidad material las estruendos, aforada en sus versos y en sus labios, con la dignidad intrínseca de su poesía.

"Alto personal —ha estampado el mismo Almonte— se internaron por su puerta y de Los Andes, pasó a Puerto Arenas, como directora de Liceo, de allí a Temuco y enseguida a la capital, grande educadora, maestra por derecho divino, las reconocimientos oficiales y extralógicos caían delante de su mérito indiscutible". Entre esos altos personajes estaba Pedro Aguirre Cerda, que sería, después, Presidente de Chile. Valga el símil: en Los Andes, en el Liceo de Nílas donde permaneció hasta 1908, desgranó su libro "Desolación" y otros versos que jamás recogió en ediciones y que llevaron a la juvenil maestra, nacida en Monte Grande, Vicuña, en 1890, al conocimiento y la admiración de la mayoría. En 1921, el secretario de Educación Pública de México, José Vasconcelos, hombre de gran alcurnia espiritual, quien había conocido a Gabriela en un viaje a Chile, la invitó para que estudiase en su país la reforma educacional que estaba en proyecto. Tese salida al exterior, donde ya comenzaba a ser aclamada, tuvo un hito muy especial. El Instituto de las Españas de la Universidad de Colombia, Nueva York, dirigido por aquel clarividente de las letras, Federico de Ossa, publicó el libro "Desolación" —antes que en Chile— divulgando a su autora ante el mundo hispanico. En 1924, salió de México rumbo a Estados Unidos y enseguida al Viejo Mundo. París, Roma, Puerto Rico, las Antillas, Nápoles, Madrid, Lisboa, Niza, Brasil. Una ley especial la había hecho oficial, con elevación del lugar de residencia, repudiando ovidios e isopetición. Sirvió en la Liga de las Naciones. En Brasil, reconocieron los clarines: la Academia Brasileña le otorgó el Premio Nobel de Literatura, 1945. Tras esta maestría, primera distinción universal a las letras latinoamericanas, hay varios artífices: Salvador Reyes y, sobre todo, Enrique Gajardo Villarroel. En su vida trabajados en las gráficas diurnas, convenció de leer y admirar a quien fue a ser única, seis años antes de que la re-

conocieran —¡qué vergüenza!—, como Premio Nacional de Literatura de su país.

Había retorcido el lenguaje, porque para decir lo que sentía, el idioma le parecía débil. Abrió la retórica, sacudió la gramática perdiéndola de voces nuevas, para llegar con su mensaje, su ruego, recados, a todos los coramoras, traspasando los abismos de las montañas. "Temora", "Lager", "Tala", las antologías, tienen ese estremecido sello.

Un episodio en el Norte Grande la retrata. La hermosa joven en pleno pantofo. Ella sola sin escuchar. Trece los ojos fijos en un grupo de niñas que habían cantado la Canción Nacional, a las que consumía, con su fuerza quistante, el sol del desierto. No pudo más, fue a buscarlas y las llevó bajo la protección de las tolderías.

"Hay un suspiro entre la muerte y la vida", me dijo en Valparaíso, 1955, en su último viaje a Chile, poco antes de morir. Ese año de 1997, se cumplieron tres décadas de su partida, motivo de este recuerdo de las exóticas mujer e inolvidable artista.

Oscar Guzmán Silva

La "Divina" Gabriela, treinta años después [artículo] Oscar Guzmán Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guzmán Silva, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La "Divina" Gabriela, treinta años después [artículo] Oscar Guzmán Silva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile